

de todo el universo, que es su Hijo: ¿qué exemplo este, Catolicos, de valor, y de fidelidad? ¿qué motivo este de confusion, para los que en las menores desgracias pierden el animo, se impacientan, y murmuran contra el Cielo?

Pero acaso me preguntareis, ¿cómo siendo Maria la criatura mas amada de Dios, permite su Magestad, que se vea entregada à tan crueles aflicciones? ¡ah, Catolicos! no puedo menos de alegrarme de vuestras prosperidades, y felices sucesos; deseo que estos sean permanentes, y se aumenten mas cada dia; deseo tambien, que hagais buen uso de todas vuestras felicidades temporales; pero no puedo menos de deciros, que no consiste en esto la verdadera dicha: la verdadera felicidad no consiste en gozar placeres, poseer riquezas, ni en verse el hombre aplaudido, estimado, y respetado; tampoco consiste en gozar las suavidades de una devocion sensible; todavia hay otro mayor privilegio, y otro favor mas señalado, y es el sufrir christianamente; mientras habitamos en la tierra, no hay cosa tan preciosa para un Christiano, como la Cruz: bien podemos decir, quando nos hallamos en posesion de los bienes temporales, en el seno del descanso, y entre la afluencia de los consuelos celestiales: *Bonum est nos hic esse*: esto solamente será cierto en algun modo, pero no lo será absolutamente: el Tabór es un lugar muy delicioso, pero todavia es mas admirable el puesto que se ocupa en el Calvario: siempre que halleis Christianos crucificados, respetadlos, si advertis en ellos conformidad con la voluntad de su Dios, y por mas que os diga el amor

propio, creed firmemente, que estos son entre todos los hombres, à los que les ha cabido mejor suerte; todos los Christianos debemos sufrir, y el que à esto se niega, desmiente el sagrado caracter que imprimió en su alma el Bautismo: el que se niega à padecer, es un cobarde, que no sabe pelear, ni merece ser coronado: el descanso mas delicioso, y seguro para el Christiano, debe ser la Cruz: Maria Santissima, por su fidelidad, mereció en la muerte una extraordinaria recompensa; ahora vereis, Señores, como la consiguió efectivamente, que es la segunda parte.

SEGUNDA PARTE.

PARA hacer juicio de la magnificencia con que Dios recompensó à su Santa Madre en el instante de su muerte, basta reflexionar en las tres excelentes prerrogativas, que en aquel instante la adornaron: su muerte fue la mas embidiable, se siguió à ella la resurreccion mas gloriosa, y estuvo acompañada del mas extraordinario triunfo: su muerte fue la mas embidiable, porque murió à impulsos de su amor; su resurreccion fue la mas gloriosa, porque se invirtió à favor de Maria el orden comun señalado en los eternos decretos; y su triunfo fue el mas extraordinario, porque fue colocada en un lugar, inferior solamente al que ocupa la Trinidad Beatifica: estos tres titulos manifestaban muy claramente la singular predileccion del Señor, y la recompensa que merecieron sus heroycas virtudes.

Su muerte fue la mas embidiable: toda la vida
de

de la Reyna de los Angeles estuvo acompañada de una inalterable constancia en la observancia de los preceptos, y consejos: en Maria se pasó la infancia, la juventud, la edad madura, y la vejez, sin que pudiese percibir la mas leve sombra de imperfeccion; y asi, su muerte nos presenta tambien un espectaculo, del que no ha havido, ni habrá jamás exemplar: la muerte de Maria, libre de inquietudes, y congojas, nos representa la imagen de un apacible sueño, ò por mejor decir, de un verdadero triunfo: obedece à la ley de la muerte, porque tambien su propio Hijo quiso sujetarse à ella; pero obedecerá à esta ley de un modo, y por un motivo que nada tiene de comun con la muerte de los demás hijos de los hombres: estos son arrebatados al sepulcro por la violencia de las enfermedades, por el desfallecimiento de la naturaleza, ò por algun otro funesto accidente: condenados à morir, aun antes de nacer; ven al fin de su carrera la execucion de un decreto, que es para ellos de sumo abatimiento: no sucede asi à Maria Santisima: como no gimió ni un solo instante bajo el yugo del pecado, tampoco debe ser comprehendida en los abatimientos que se siguieron à él: morirá, pero en su muerte no verá mas que el cumplimiento de sus mas vivas ansias: morirá, pero no como víctima herida por un brazo violento, sino, segun dice San Bernardo, como víctima abrasada en el fuego del divino amor.

¿Què incendios serian, Catolicos, los de este divino fuego en el alma santa de Maria? Si San Efrén exclamaba en el desierto que no podia sufrir el ardor con que le abrasaba el amor divino; si San Es-

ta-

tanislao experimentaba en el tiempo que estaba absorto en la oracion, un ardor tan activo, que los pedazos de hielo que le aplicaban, no alcanzaban à corregir las impresiones que este fuego hacia en su cuerpo: si los Martyres miraban con alegria la espada con que havian de ser sacrificados, por que la contemplaban como instrumento de su reunion con Dios, ¿quál seria la actividad, y vehemencia del sagrado fuego que abrasaba el corazon de Maria? Maria, superior à todos los Santos, y aun à los mismos Angeles, por su alta dignidad, era superior à todos en el amor à su Dios: el fuego de su amor era suficiente para haver ocasionado en la Señora mucho antes, la separacion de su alma, y cuerpo; pero Dios que queria que llenase la medida de los dias que devia pasar en la tierra, para consuelo, y edificacion de los Christianos, la sostuvo con aquel poderoso brazo, que en otro tiempo havia conservado ilesos à los tres Niños en medio de las llamas del Horno de Babilonia; pero ya llegó el instante en que debia cesar el prodigio que dilataba su vida: ¿qué espectaculo tan admirable seria, Catolicos, el ver à la Madre de Dios en presencia de los Apostoles, y de una multitud de Fieles, que havian concurrido à asistir à su triunfo, anunciando con la serenidad de su rostro la paz que reynaba en su alma! ¿Qué espectáculo el ver à la Señora consagrando los ultimos instantes de su vida, con los mas vivos deseos de ir à reunirse con su Hijo, y con su Dios en la mansion de la inmortalidad! ¿qué muerte esta tan preciosa! su causa fue el amor, y su fin el recompensar Dios con ella la santidad de su Madre.

Mo-

Morir solamente à impulsos del amor divino, es un privilegio à que no podemos nosotros aspirar, pero morir con la muerte de los justos, entre los consuelos de la paz, y en la amistad del Altísimo, es una felicidad, que todos debemos desearla, que podemos obtenerla, y dirigir à ella todos nuestros esfuerzos; ¿pero qué es lo que hacemos para alcanzar esta felicidad? ¡Ah, Catolicos! oprimidos con el peso de nuestras perversas inclinaciones, vivimos en un perpetuo olvido de Dios: ¿hemos de esperar à la hora de la muerte para acordarnos de él, y aprender à amarle? En aquel triste, y deplorable estado, se dirá el hombre à sí mismo; yo pudiera haber empleado en la oracion, y en buenas obras los dias que he pasado en distracciones, y vanidades: pudiera haber consagrado à un Dios soberanamente amable, los dias que he perdido en conversaciones, y tratos mundanos: pudiera haverlo hecho así, si solamente huviera anhelado, y suspirado por mi Dios: ahora voy à parecer en su presencia: ¿qué sera de mí? ¡Felíz el hombre, Catolicos, que mientras goza de la vida, trabaja para verse libre en aquella hora de tan funestos pensamientos! ¡Felíz el que por medio de una vida santa, merece à la hora de la muerte volar tranquilo al seno de Dios, à quien ama, y de quien se contempla reciprocamente amado: el que muere de este modo, no sale del numero de los vivos, sino del de los desterrados, y esclavos.

El segundo privilegio de que goza Maria en este lance, es el de una resurreccion pronta, y anticipada: si pasamos, Catolicos, en espíritu al sepulcro en donde fue depositado su sagrado Cuerpo,

no

no veremos en él aquellas tristes ideas, que inspiran horror à todos los mortales: solamente veremos señales de su gloria, y de su triunfo: su Cuerpo, exempto del imperio de la muerte, brilla con unos resplandores, à los que no pueden ofuscar el polvo, y las tinieblas del sepulcro: su Cuerpo no espera, para bolverse à unir con su Alma, à aquel ultimo dia de los siglos, à aquel dia en que el Rey Soberano de los vivos, y los muertos, mandará se junten todas las cenizas esparcidas por el orbe, para recobrar su antigua forma: el sepulcro no es digno de conservar un deposito tan sagrado, el que solamente se le ha confiado por muy pocos dias: Maria goza inmediatamente el singular privilegio de una gloriosa resurreccion; y no penseis, Señores, que esta expresion es nacida de un zelo indiscreto por la gloria de la Reyna de los Angeles; es una piadosa tradicion, derivada hasta nosotros desde la primera edad del Christianismo,

Todos los Padres, y Doctores convienen unanimes en este punto: San Juan Damasceno supone esta resurreccion como cierta, y constantemente recibida de todos los Fieles: Sophronio, y Juvenal, ambos Patriarcas de Jerusalém, llaman à esta tradicion inmemorial: San Epiphanio compara la Asumpcion de la Virgen à la elevacion de Henoc, y Elias al Cielo: la Iglesia Griega celebra, como nosotros, esta Festividad, y todos los Catolicos la aplauden, y veneran, siendo muy conforme à los principios de la razon natural; pues si el Arca, que solamente contenia un poco de Manná, y las Tablas de la Ley, debió ser fabricada de una madera incor-

rup-

ruptible, con mucha mas razon debia estar exempto de los horrores de la corrupcion, y del sepulcro, un Cuerpo que havia servido de morada al Verbo increado: este Cuerpo, no habiendo sido inficionado con la mancha de nuestro primer Padre, tampoco debia estar sujeto à su maldicion: si la Religion de los Fieles ha conservado los huesos de muchos Santos, y éstos se presentan à la pública veneracion entre oro, y sedas, con mucha mas razon si el Cuerpo de Maria huviera sido reducido à cenizas, estas preciosas cenizas se huvieran conservado hasta nuestros tiempos con el mayor esmero, y se expusieran en nuestros Altares à la veneracion de los Fieles: finalmente, si en la muerte del Salvador del mundo resucitaron muchos Santos, no podia negarse el privilegio de la resurreccion anticipada à la Madre del Altisimo,

Supuestas estas autoridades, y estos tan bien fundados discursos, todos debemos publicar las glorias de Maria en su resurreccion, haciendo que resuenen los ayres con aquel Profetico Oraculo, que tan justamente se la aplica en este dia: *Non dabis Sanctum tuum videre corruptionem*: Perezcan en hora buena aquellos cuerpos que han sido abominables víctimas de la impureza, y de la intemperancia; aquellos ojos, que se han ocupado en engañar los corazones de los hombres, y aquella lengua, que se ha empleado en conversaciones obscenas; que se desfiguren, y corrompan en el sepulcro los mundanos, cuyos cuerpos están marcados con el sello de la sensualidad, es muy justo; ¿pero cómo era posible, ò Dios mio, que permitieseis que el virginal seno en que

que habitasteis, que los castos pechos que os alimentaron, que los brazos en que descansasteis, y que el corazon que tanto os amó, fuesen pasto de los gusanos? Vos, Señor, no quereis que la Reyna del mundo quede confundida con sus Esclavos: *Non dabis Sanctum tuum videre corruptionem*; (Psalm. 15. 10.) siendo, pues, indubitable, que Maria resucitó, se infiere una conseqüencia muy natural de su resurreccion gloriosa, la que es muy propia de este asunto, y es la siguiente.

La Fé os enseña, Catolicos, que todos hemos de resucitar en el gran dia de la manifestacion; pero viviendo como vivis, ¿de qué modo esperais resucitar? vosotras, con especialidad, Señoras, ¿quál os parece que será algun dia el destino de vuestros cuerpos? ¿En qué estado hallarán vuestras almas à esos cuerpos, que adornais ahora con tanto fausto, que alimentais con tanto regalo, y que mirais como la parte mas apreciable de vosotras mismas? El Evangelio nos dice, que solamente se promete una resurreccion santa, y feliz, à los que son enemigos de su carne, à los que reprimen sus movimientos, à los que crucifican sus deseos, y à los que la sacrifican à la penitencia: ¿pues por qué empleais vosotras en perderos, y perder à vuestros proximos los dotes que el Cielo os ha concedido, para que hagais muy distinto uso de ellos? ¿cómo no os avergonzais de atormentar ese cuerpo, para que luzca algunas horas en las concurrencias profanas, quando al mismo tiempo si se trata de vuestra eterna salud, os horroriza la menor violencia? ¿Ignorais acaso, que muy presto, las enfermedades, los años, y

Tom. IV. Nu las

las arrugas os han de desfigurar, y que todas vuestras diligencias no podrán librarle del derecho que sobre él tienen los gusanos, y la corrupcion? Oh!, y que lastima causa ver à una muger Christiana, cuidar tanto de la flor de la belleza pasagera, quando podria adquirirse con mas seguridad una hermosura immortal! Si llega à suceder, que esos cuerpos de pecado sean entregados al poder de la Divina Justicia, para servir de pabulo à las eternas llamas, ¿quál será entonces vuestra desesperacion? ¿No vale mas que los ameís con un amor Christiano, que los alimenteis frugalmente, que los adorneís con modestia, y que los crucifiqueís santamente, que no el que los ameís de un modo, que será causa de que los veais perecer eternamente con vuestras almas?

Por el contrario; ¿qué consuelo no experimentará el Christiano fiel, que segun el precepto de San Pablo, haya tenido siempre impresa en sus miembros la mortificacion de Jesu-Christo! acaso en este mismo instante estará padeciendo los dolores, y congojas de la muerte; pero desde el momento de su resurreccion, su hermosura, su juventud, y su salud serán eternas, y se acordará con alegria de los dolores, que en esta vida le proporcionaron una felicidad tan dichosa.

Finalmente, el triunfo que consigue Maria en la hora de su muerte, es el mas glorioso: luego que llegó al término de su destierro, quedó immortal è impassible, y dejando la mansion de sus lagrimas, sube sobre un carro de luz à la morada de los Santos: puertas eternas, abriós, y disponeos à recibir una Heroyna mucho mas illustre que Debora, Judith, y

Es-

Esther: una Heroyna que ha vengado à la naturaleza de los agravios que havia recibido del Principe de las tinieblas: ¿qué haria, Señores, en esta ocasion el Hijo mas amante, por la Madre mas digna de ser amada? que havia de hacer, sino lo mismo que Salomon con su madre Bethsabé: *Surrexit Rex in occursum ejus* (3. Reg. 2. 19.) sale à recibirla, y entre las aclamaciones de toda su Corte, la coloca en el lugar mas eminente del Cielo, sobre las más sublimes inteligencias: allí no permitiéndole que falté cosa alguna à su gloria, la hace sentar à su derecha en un Trono: *Positus est Thronus Matri, quæ sedit ad dexteram ejus*, (Ibid.) mandando que todo quanto allí se halla inferior à la Divinidad, se postre à sus pies: pues no os admireis, Señores, de que al verla rodeada de tanto resplandor, la compare al Sol la Divina Escritura: la conviene la elevacion de este astro, por el supremo lugar que ocupa en el Cielo, la convienen sus ardores, por la caridad que la abraza, y la conviene su fecundidad, por los infinitos favores que por su medio derrama Dios sobre la tierra: allí es para el mundo un Astro favorable, y para las potestades de las tinieblas un exercito formado en orden de batalla: desde allí arruina al Infierno, y alienta à la Iglesia en sus combates: allí derrama el Señor sobre ella todos sus dones, haciendola distribuidora de todas sus gracias, porque habiendo recibido Maria, mientras vivió, mas favores del Cielo, que todos los Santos juntos, correspondió à ellos perfectamente con su fidelidad; porque en toda su vida no tuvo un pensamiento indiferente, una palabra inutil, ni una accion puramente natural: porque tu-

Nn 2

vo

vo mas parte que ninguna otra criatura en el Caliz, y en los oprobios del Redentor: y porque trabajó sin cesar por un Dios, que es esencialmente justo, y recompensa à sus Siervos: estas son las causas de que el Señor prefriese à Maria à los demás Santos, y la diese entrada, antes que à ellos, en la feliz mansion de la inmortalidad.

Y asi, Catolicos, la elevacion, el poder, y la gloria que Maria Santisima goza en el Cielo, son el fundamento de los honores, que se la tributan en la tierra: no referiré por menor estos honores, porque esto sería no acabar nunca mi discurso; bien sabeis, Señores, que à excepcion del culto que es debido à Dios, del que no puede participar una pura criatura, todos los demás respetos se tributan justamente à la Reyna de los Angeles: ¿qué Altares no se han levantado en todo el mundo Christiano, à honra de esta gran Reyna? ¿Quántas festividades se han instituido para perpetuar, y celebrar sus grandezas? ¿Quántas Santas Congregaciones se han formado bajo su proteccion? ¿Qué repetidos testimonios no vemos en todas partes, de la confianza que todos los siglos han manifestado tener en su poderoso amparo? La devocion à Maria, es una devocion que hemos mamado con la leche de nuestras madres, y la miramos como el mas rico patrimonio, que hemos heredado de nuestros mayores: nuestro mayor consuelo es representarnos à la Reyna de los Angeles, bajo la idea de una Madre amorosa, y contemplarnos nosotros como sus hijos: esta Señora se representa à nuestra imaginacion, como enemiga implacable del pecado, pero al mismo tiempo, muy com-

padecida de los pecadores: de aqui nace la filial confianza con que nos arrojamos à sus brazos: al oir el nombre de esta Madre amorosa, sentimos dentro de nuestras almas un consuelo que no alcanzan mis palabras à explicarle: por mas que se enfurezca el Herege, y el Libertino, nosotros siempre miraremos como nuestra mayor gloria, el ser siervos fieles de Maria: hasta la muerte permaneceremos en una devocion tan santa, y bien fundada; todos los dias de nuestra vida, y con mas especialidad en el que se celebra este Misterio, tributaremos nuestros humildes respetos à la mas digna de todas las criaturas.

Virgen Santa, es verdad que hoy el Cielo os arrebató de la tierra, pero no por eso os perdemos: Vos, Señora, sois incapaz de olvidarnos, y asi fijais sobre nosotros vuestros amorosos ojos: vuestro corazon se compadece de nuestras miserias, y vuestra grandeza iguala à vuestra bondad: desde el resplandeciente Trono en que estais sentada, nos alargais vuestras benéficas manos: ¡ó Madre la mas digna de todas! Despues de Dios, Vos sola sereis el unico objeto de nuestro amor; ¡ó Abogada poderosa! despues de Dios, en Vos sola pondremos toda nuestra confianza: todos nosotros postrados à vuestros pies nos confesamos humildes esclavos vuestros: ¡Qué no podamos, Señora, honraros tan perfectamente como merecis! recibid nuestros respetos, no obstante ser tan cortos: Madre amorosa, Vos nos amais tiernamente, y sabeis nuestras necesidades, pues alcanzadnos del Cielo auxilios para imitar vuestra fidelidad, y constancia: Vos, Señora, estais viendo nuestros peligros, y nuestra flaqueza, defen-

dednos contra los enemigos de nuestra salvacion, y asistidnos con mas particularidad en la hora de nuestra muerte, para que bajo las alas de vuestra proteccion poderosa, tengamos parte en la felicidad imponderable de vuestro Santo Transito, y celebremos vuestro triunfo con los Bienaventurados en la Gloria: *Ad quam, &c.*

SERMON

PARA EL DIA DE SAN BERNARDO.

¿Tu quis es? Joan. c. i. v. 19.

¿Quién eres tú?

OID, Señores, la pregunta, que los Judios hacen en el Evangelio al Santo Precursor de Jesu-Christo: admirados de ver en él un hombre extraordinario, que estando, al parecer, consagrado à la penitencia, y al retiro, se deja ver repentinamente como Predicador por su zelo, y *mas que Profeta*, por su autoridad, procuran saber de él mismo, si es el antiguo Elias, ò algun nuevo Profeta, ò el Mesias que esperaban: *¿Tu quis es?*

Hoy me hallo yo, Catolicos, en la misma confusion: el gran Santo, cuya memoria celebramos, no parece menos incomprehensible, que el Bautista para los Judios, y asi puedo yo, movido de una justa admiracion, hacerle la misma pregunta que

que aquellos hicieron al Bautista, movidos acaso de una secreta envidia.

Confieso ingenuamente, que no sé como formar el elogio de San Bernardo; porque si quiero proponerle como Oraculo, y Columna de la Iglesia, se me representa al mismo tiempo escondido en el desierto, condenado al silencio, macerado con penitencias, y absorto en Dios, por medio de su continua contemplacion: si quiero alabarle como à cabeza, y modelo de los mas perfectos solitarios; le hallo hombre *poderoso en obras, y palabras*, maestro de los Doctores, arbitro de los Reynos, y censor de los Reyes, à quien la Iglesia debe la seguridad de su cabeza contra el cisma, la victoria de su fé contra el error, y la defensa de sus derechos contra las potestades del mundo: ¿pues cómo podré, Señores, daros à entender lo que es? el piadoso Historiador de su vida, asegura que solamente los que están animados de su espíritu, pueden llegar à conocer sus virtudes: *Neminem enarrate posse puto; qui non vivat de spiritu quo ille vixit:* (In vit. Bern. lib. I. c. 4.) Gran Santo, vos sois verdaderamente un mysterio para nuestros entendimientos; y asi decidnos quién sois: *¿Tu quis es?*

¿Pero podremos dar fé, Catolicos, à la respuesta de nuestro Santo? Es verdad, que él mismo dice, que en este punto quiere que se atienda mas à su propio dicho, que al de otros: *Volo vos mihi credere de me magis quam alteri;* * pero semejante en otras cosas al Bautista, lo es tambien en su profunda humildad.

(*) Epist. XI. El Autor usaba de la Edición de Horstius.